

HACER NOCHE EN GUARDA

Un poco enfático me parece, pero yo gusto de acomodarme a quienes colocan a Tordesillas y a Salamanca, a Coimbra como a Leiría, en la «Internacional París-Lisboa». No sé si existe en rigor tal denominación, que, para ser justos, debería aplicarse lo mismo a Orleáns y a Burdeos. Más me inclino a creer que se trata de una idea. También el Camino de Santiago «se piensa» añadiendo lo que hoy son retazos de la carretera tal y de la carretera cual, hasta llegar a Labacolla.

En la internacional -quede ya por bueno- que enlaza dos torres bastante diferentes, la Eiffel y la de Belem, una de hierro, la otra de bien bordada piedra, mi costumbre ha elegido como «relais» indispensable a la ciudad portuguesa de Guarda. Por el retrovisor del coche ha ido apagándose el color rosa de las piedras de Salamanca, en un adiós que todo viajero lúcido debe reservar para la media tarde. Ciudad Rodrigo es nombre que suena parecido a alerta, y hace anacrónico en medio de una paz tan sin orillas. Lo último de España es Fuentes de Oñoro -también será lo primero al volver-, y en Vilar Formoso ya somos emigrantes, por mucho que la bandera, los rostros y las palabras sean fraternos. Entonces sentimos que Portugal es un olor. «¡Qué bien huele Portugal!», decía un personaje novelesco de Eça de Queiroz. Y por el aroma de los pinares tiramos para delante, barruntando que no es muy ancha la franja que nos separa del mar. Podríamos confiarnos a los faros del coche (estamos entre dos luces), hendir la oscuridad misteriosa de un país misterioso en su sustancia, correr, desperdiciar la ocasión... Yo siempre me quedo en Guarda -y no es reclamo que vayan a premiarme... -, ignoro si por llevar la contraria a quienes le dicen ciudad adusta. El genio vivo de don Miguel de Unamuno ya se había soliviantado aquí cuando él estuvo en una tarde destemplada de noviembre. Sería un día frío, como corresponde a otoño avanzado y próximo a la sierra de la Estrella, en el corazón de la Beira Alta. Las páginas que son memoria de aquel encuentro -el de una ciudad fuerte con un vasco salmantino que no lo es menos- dan algunas chispas como de pedernal tropezando en hierro. «Y allí pasé un día, todo un mortal da, en esa Guarda fría, ventosa, húmeda, fea, denegrida y fuerte, que vigila a España.» A mí me parece que si se lee con atención todo el capítulo, el ilustre rector no resulta tan fiero. Es allí, precisamente, donde dice que de tan occidental, Portugal roza con la mejor sabiduría de Oriente. Y se plañe -¿o se goza?- de sentirse atraído sin remedio por una tierra riente y blanda en su exterior, por dentro atormentada y trágica.

Yo amo de siempre -ya lo he dicho- la nocturna hospitalidad de esta población altísima, especie de contención, de «suspense», de ejercicio espiritual preparatorio para la mañana gozosa de Mondego abajo. Es cierto que su recinto dice mucho de severo, pero esta condición no tiene por qué coincidir con lúgubre. Al contrario, en su frío silencio puede estar el mejor homenaje al caminante de nuestro tiempo. En estos días, sin embargo, no sé si la noble ciudad enhiesta estará estremando peligrosamente su fisonomía...

El caso es que el «Grémio do Comércio da Guarda» está en conflicto con la autoridad municipal, en materia -¡claro!- que afecta a sus bolsillos, especialmente por el aumento de las tarifas eléctricas. Como protesta, las calles principales aparecen iluminadas no más que con la energía pública. Una energía nada enérgica, desde que los alcaldes confían buena parte de este servicio a los escaparates y los anuncios. Lo cual no significa que los comerciantes de Guarda relajen su natural presencia: precariamente la mantienen, esto sí, por medio de candiles de petróleo, lamparillas; de aceite, velas de sebo, mínimas y aldeanas «candelas»... Ya el rey don Dinís -nos cuenta un erudito local pedía que todos los hombres buenos pongan sus candelas en las ventanas»...

A mí, de primera intención, me ha parecido que Guarda, precisamente Guarda, se atreve demasiado con esta puesta en escena de sus noches, ya de por sí profundas. Yo, desde luego, no he visto nunca cosa igual. Luego pensé que tales comerciantes, si son buenos comerciantes, caerán en la cuenta de muy probables beneficios. Esto si no han caído ya desde el principio. Linces hay en los centros de iniciativas y turismo. Y no es mal programa para el viajero canso de moteles, tropezarse una emoción así... en la «Internacional París-Lisboa».

Antonio PEREIRA